

los traspasa no sabe dónde fijarse, y frecuentemente corre sin detenerse mas allá de los del sentido común.

CAPÍTULO XIII.

Por qué se muestran tan inquietos los americanos en medio de su bienestar.

Se encuentran aun en algunos cantones retirados del antiguo mundo, pequeñas poblaciones que han estado como olvidadas en medio del tumulto universal y que han permanecido inmóviles cuando todo se conmovia al rededor de ellas. La mayor parte de estos pueblos son mui ignorantes y miserables; no se mezclan en los asuntos del gobierno, y frecuentemente los gobiernos los oprimen. Sin embargo, ellos muestran de ordinario un exterior sereno y un humor festivo.

He visto en América hombres los mas libres y los mas ilustrados, en la posicion mas feliz que haya en el mundo, y me ha parecido descubrir en sus facciones una especie de humor sombrío, habitual en ellos, encontrándolos graves y casi tristes hasta en sus placeres. La principal razon consiste en que los unos no piensan en los trabajos que sufren, miéntras que los otros se ocupan incesantemente de los bienes que no poseen.

No hai cosa mas estraña que el ver con qué especie de ardor febril solicitan los americanos el bienestar, y cómo se muestran sin cesar atormentados por un temor vago de no haber escogido la ruta mas corta que puede conducirlos á él.

El habitante de los Estados-Unidos se adhiere á los bienes de este mundo como si estuviese seguro de no morir, y se precipita de tal manera á poseer los que se presentan á su alcance, que se diria que teme á cada instante dejar de existir ántes de disfrutarlos: los ocupa todos, pero sin estrecharlos, y mui pronto los deja escapar de sus manos, para correr tras de nuevos goces.

Un hombre en los Estados-Unidos construye una morada cómoda para pasar en ella su vejez, y la vende cuando está ya para concluirse; planta un jardin y lo alquila cuando iba á coger los frutos; desmonta un terreno y deja á otros el cuidado de



recoger la cosecha; abraza una profesion, y la abandona; se fija en un lugar y lo deja para llevar á otra parte sus veleidosos deseos. Si sus negocios privados le dan algun descanso, se sumerge luego en el torbellino de la política. Y cuando despues de un año de trabajos, le queda todavía algun tiempo, pasea su curiosidad inquieta en los vastos limites de los Estados-Unidos, haciendo así quinientas leguas en algunos dias para distraerse mejor de su felicidad. La muerte ocurre en fin y le detiene ántes de que se haya fatigado en la inútil pretension de una felicidad completa que huye siempre de él.

Se admira uno al contemplar esa agitacion singular que muestran tantos hombres felices en el seno mismo de su abundancia, y sin embargo este espectáculo existe desde que hai mundo, y solo es nuevo el ver que todo un pueblo lo presenta.

El gusto por los goces materiales debe considerarse como el origen principal de esta inquietud secreta que se descubre en las acciones de los americanos, y de esa inconstancia de que dan diariamente ejemplo.

El que limita su espíritu á la sola adquisicion de los bienes de este mundo, vive siempre agitado porque no tiene sino un tiempo mui corto para encontrarlos, apoderarse de ellos y gozarlos. El recuerdo



de la brevedad de la vida le aguijonea incesantemente, y fuera de los bienes que posee se imagina á cada instante otros mil que la muerte le impedirá gustar si no se apresura. Este pensamiento le llena de turbacion, de temor y de pesar, y mantiene su alma en una especie de trepidacion incesante que lo incita á cambiar todos los dias de designios y de lugar.

Si al gusto por el bienestar material se agrega un estado social, en que ni la lei ni la costumbre retengan á nadie en su puesto, esto servirá de mayor estímulo para la inquietud de espíritu, y se verá entónces á los hombres cambiar continuamente de ruta, temiendo no acertar con la que mas pronto deba conducirlos á la felicidad.

Por otra parte, es fácil concebir que si los hombres que buscan con pasion los goces materiales oesean vivamente, se cansarán tambien de ellos con facilidad; pues siendo su objeto final gozar, es preciso que el medio de llegar á él sea pronto y fácil, sin que el trabajo de adquirir el goce sobrepuje al mismo goce. La mayor parte de las almas son, pues, a la vez ardientes y frias, violentas y débiles; y frecuentemente es ménos temible la muerte que la continuacion de esfuerzos hácia el mismo objeto.

La igualdad conduce por un camino mas recto aun á muchos de los efectos que acabo de descri-



bir. Cuando todas las prerogativas de nacimiento y de fortuna desaparecen, que las profesiones se abren á todos, y se puede llegar por sí mismo á la cima de cada una de ellas, parece abrirse tambien una carrera inmensa y fácil á la ambicion de los hombres, y estos se figuran desde luego que están llamados á grandes destinos; pero es una mira errónea que la esperiencia corrige todos los dias. Esta misma igualdad que permite concebir vastas esperanzas á cada ciudadano, le hace individualmente débil, y limita por todos lados sus fuerzas, al mismo tiempo que permite á sus deseos el estenderse.

No solo son incapaces por sí mismos, sino que hallan á cada instante inmensos obstáculos que no habian descubierto al principio. Como han destruido los privilegios de algunos de sus semejantes, encuentran la concurrencia de todos, y el limite cambia de forma mas bien que de lugar. Cuando los hombres son poco mas ó ménos semejantes y siguen una misma ruta, es difícil que alguno de ellos marche de prisa y atraviése la multitud uniforme que lo rodea y lo acosa. Esta oposicion constante que reina entre los instintos que hace nacer la igualdad, y los medios que ella suministra para satisfacerlos, atormenta y fatiga las almas.

Pueden concebirse hombres que hayan llegado



á un cierto grado de libertad que los satisfaga enteramente, y en este caso gozarán de su independencia sin inquietud y sin ardor; pero jamas fundarán los hombres una igualdad que les sea suficiente.

Por mas esfuerzos que haga un pueblo, nunca llegará á hacer las condiciones perfectamente iguales en su seno; y si tuviese la desgracia de llegar á ese nivela absoluto y completo, quedaria todavia la desigualdad de las inteligencias, que procediendo directamente de Dios, jamas se someterá á las leyes.

Por democrático que sea el estado social y la constitucion política de un pueblo, se puede asegurar que cada uno de sus ciudadanos descubrirá siempre cerca de sí muchos puntos que le dominen, y prever que volverá obstinadamente sus miradas hácia este solo lado. Cuando la desigualdad es la lei comun de una sociedad, las mas grandes desigualdades no causan ninguna impresion, y cuando todo está poco mas ó ménos á nivel las mas pequeñas la producen. Por esta razon el deseo de la igualdad se hace mas insaciable á medida que la igualdad es mayor.

En los pueblos democráticos los hombres obtienen con facilidad una cierta igualdad, pero no pueden alcanzar la que desean. Esta se les aparta



cada dia, aunque sin desaparecer jamas de su vista, y al retirarse los atrae en su busca; creen ellos sin cesar que van á alcanzarla, y constantemente se les escapa. La ven bastante cerca para conocer sus encantos, mas no se aproximan lo necesario para gozarla, y mueren ántes de haber saboreado enteramente sus dulzuras.

A estas causas es preciso atribuir la melancolía que los habitantes de los países democráticos dejan frecuentemente ver en el seno de su abundancia, y ese disgusto de la vida que llega á apoderarse de ellos algunas veces en medio de una existencia cómoda y tranquila.

Nos quejamos en Francia de que el número de los suicidios es cada vez mayor; en América el suicidio es raro, pero se asegura que la demencia es mas comun que en cualquiera otra parte. Estos son síntomas diferentes del mismo mal.

Los americanos no se matan por mas agitados que se hallen, porque la religion les prohíbe hacerlo, y porque entre ellos no existe por decirlo así el materialismo, aunque la pasion del bienestar material sea general. Su voluntad resiste, pero muchas veces su razon cede.

Los goces son mas vivos en los tiempos democráticos que en los aristocráticos, y sobre todo el número de los que los obtienen es infinitamente



mayor; pero por otro lado es preciso reconocer que las esperanzas y los deseos son allí frecuentemente burlados, las almas mas conmovidas é inquietas, y las zozobras y los cuidados mas sensibles.

CAPÍTULO XIV.

De qué manera el gusto por los goces materiales se une entre los americanos al amor de la libertad, y al cuidado de los negocios públicos.

Cuando un Estado democrático vuelve hácia la monarquía absoluta, la actividad que se tenia anteriormente en los negocios públicos y en los privados, viniendo de golpe á reconcentrarse en estos últimos, resulta por algun tiempo una grande prosperidad material; mas presto se afloja el movimiento y cesa el desarrollo de la produccion.

No creo que se pueda citar un solo pueblo ma-